

¿Desde qué imaginarios de hombres, nos relacionamos las mujeres con los hombres?

A modo de introducción

1- Sostener los cambios en la vida cotidiana

“Esta Cosa escandalosa” es la expresión que utilizan algunas feministas siguiendo a Dona Haraway, para referirse a ese tándem siniestro que constituyen el patriarcado/capitalismo. Pues bien, a esta cosa escandalosa tan fuertemente persistente en el tiempo, que cuando recibe golpes duros sabe cómo reaccionar para no desaparecer, qué duda cabe que desde el feminismo la venimos atacando por diferentes y numerosos frentes.

Uno de ellos que muchas veces pasa inadvertido por ser silencioso, sin gran relevancia pública y que resulta poco medible cuantitativamente, tiene que ver con el arduo trabajo de intentar que los cambios que sí vamos conquistando socialmente, puedan sostenerse individualmente en el día a día. Y no sólo me refiero a las imprescindibles acciones concretas que se deben implementar desde instancias públicas y privadas, sino a algo también imprescindible como es promover que cada cambio profundo o estructural que el feminismo va

conquistando, se pueda ir legitimando individualmente en la subjetividad de cada una de las mujeres, lo que habilita el empoderamiento interno.

Promover este tipo de empoderamiento no solo supone la sensibilización sobre nuestros derechos, y la habilitación de los recursos necesarios para lograr el nivel de autonomía que permita una sana interdependencia. Requiere además de su legitimación en nuestra propia subjetividad, lo que permite la lenta pero firme consolidación de **una nueva manera de ser** y no solo de hacer.

2- Feministas de lo cotidiano

Esta es la tarea que, con independencia de la labor que ejercen profesionales de la psicología clínica en sus consultas con las mujeres que por diferentes motivos lo requieren, nos ocupa a las que yo llamo feministas de lo cotidiano. En mi caso hace casi 30 años que aquí en España estoy en ello y puedo asegurar que no es una tarea fácil, ni de resultados inmediatos, supone esfuerzos continuos, deja expuestas muchas contradicciones, miedos, nos muestra espejos en los que suponíamos que no nos volveríamos a mirar, pone en su justa medida los logros alcanzados y tozudamente nos muestra los aún pendientes. Claro está que como todo proceso humano está atravesado por las propias y singulares historias de vida y de ahí la importancia del entorno en el que cada

una se desarrolle diariamente, que por supuesto dependiendo de si es favorable o no las posibilidades cambian radicalmente.

3- Avanzar a contracorriente

Sabemos que los cambios que promueve el feminismo nunca han respondido a un consenso social, nunca la sociedad de forma espontánea los ha aceptado voluntariamente y mucho menos los ha promovido: al contrario! Lo que aparecen son distintos niveles de resistencias que se manifiestan con mayor o menor intensidad en la vida cotidiana de las mujeres.

Es así que aún hoy, para muchas mujeres sostener en el día a día los cambios conquistados resulte una tarea titánica, porque se sigue nadando a contracorriente. Una contracorriente que constituye uno de los componentes más importantes de lo que se denomina violencia estructural.

En el año 2005 en el libro “Los cambios en la vida de las mujeres”, dediqué un apartado a explicar qué significa para mí la **contracorriente**. Allí decía que no es una entelequia, una superestructura, ni es anónima, ni inasible; está constituida por todas las instituciones e instancias sociales que no promuevan y/o se opongan a que las mujeres sean consideradas ciudadanas de primera, que gocen además del derecho a participar en

el diseño de la existencia y sin tener que pagar altos costes por ello.

Por supuesto y muy especialmente, la constituyen los hombres que se resisten a perder privilegios relacionales y que son los que en el día a día pueden ofrecer los obstáculos más complicados en la *vida privada, doméstica y pública* de las mujeres (atendiendo a la división tan precisa y esclarecedora que hace años nos ha aportado Soledad Murillo).

4- La importancia de “hurgar” en nuestra subjetividad

Es importante recordar que cuando hablamos de subjetividad, nos referimos – simplificando- a ese entramado de esquemas internos (percepciones, sentimientos, ideas) sobre los que se van asentando los mandatos sociales y que es desde ahí que luego percibimos y nos comunicamos con el mundo. No siempre es consciente, al contrario. Tiene un gran componente que queda depositado en nuestro inconsciente; y a pesar de tantos cambios ese entramado aún puede seguir siendo en parte machista y patriarcal, porque así fue construido.

Como dice Lola López Mondejar, es necesario *“Hurgar interpelar, vigilar lo que pueda estar en el inconsciente que puede ser tan contradictorio a veces con nuestras representaciones conscientes. Hay que dudar, desconfiar de lo que creemos aprendido”*

Este es un trabajo que no opera solo en superficie, no se refiere solo a simples intercambios de roles ni a cambios puntuales. Se trata de una tarea ardua, sinuosa, compleja, no lineal, que supone procesos con sus avances y retrocesos, especialmente cuando apunta a transformar categorías existenciales. ¡Nada menos!

Cuando en la tarea grupal utilizamos *la metáfora del balón* que he diseñado como recurso didáctico, queda claro que *esa transformación supone “dejar de ser el balón que habilita el juego ajeno, dejar de ser imprescindibles y al mismo tiempo invisibles, dejar de ser valoradas precisamente por resignar cualquier indicio de juego propio, para pasar a sentirse y ser reconocidas como una jugadora más, con todo lo que ello implique”*. Y ello implica además, el derecho a elaborar nuevos diseños sociales, en definitiva: a proponer un juego nuevo. Como decía... ¡nada menos!

Desde qué imaginarios de hombres nos relacionamos con los hombres

1- Necesidad de abordar el tema

Gracias a mi actividad profesional, durante estos largos años tuve la posibilidad de compartir historias y experiencias de vida con más de 10.000 mujeres diversas, con realidades cotidianas también diversas, con las que

obviamente como mujer podía identificarme en muchos aspectos.

Ha sido trabajando en el proceso de empoderamiento - siempre desde una perspectiva feminista-, que al profundizar en el tipo de vínculos que se establecen con los hombres del entorno cotidiano, comencé a observar los diferentes criterios de valoración y prejuicios que aparecían sobre qué se puede esperar de un hombre o qué grado de equidad se puede pedir en los vínculos.

Por lo que transmitía la mayoría, llegué a preguntarme si todo el esfuerzo aplicado a transformar nuestra manera de ser mujeres, de posicionarnos diferentes en el mundo, poniendo en valor nuestras capacidades, deseos, necesidades, derechos como personas, plantándole cara a las asignaciones de género que nos oprimen, luchando con la contracorriente y a favor de todo aquello que nos empodera como ciudadanas de pleno derecho, va logrando en la misma medida, transformar desde una mirada relacional, el imaginario de hombre que el patriarcado también nos ha insertado a nosotras.

2- Con qué parámetros valoramos el grado de responsabilidad de los hombres en la transformación de su masculinidad

Se da el caso de no pocas mujeres con un alto grado de empoderamiento en áreas importantes de la vida, que a la hora de relacionarse o analizar las conductas de los

hombres que no cambian o lo hacen superficialmente, persisten en justificaciones que diluyen en la práctica cualquier responsabilidad individual: “la educación recibida, la impronta machista de la familia de origen, el analfabetismo emocional, el capitalismo neoliberal que nos oprime a todas y todos por igual, la carencia de empatía, lo perdidos/asustados que se encuentran y hasta lleguen a afirmar que *los hombres* son las primeras víctimas del patriarcado!

Por otro lado ya son muchas las que al contrario, sin desconocer la importancia de los cambios culturales y sociales que siguen pendientes, apelan y muy especialmente a la responsabilidad individual de los hombres como seres adultos y con capacidad de ser éticos, para transformar el lugar existencial desde donde ejercen las relaciones de poder.

Lo sorprendente para mí ha sido observar que las diferencias entre lo que piensan y sienten las mujeres, a la hora de valorar los cambios que van logrando los hombres, sus motivaciones y el grado de responsabilidad que deben asumir, muestran un gran paralelismo con las diferencias que transmiten entre sí los hombres a la hora de valorarse a sí mismos, de hacer el diagnóstico y pronóstico de su masculinidad y de los vínculos que establecen con las mujeres.

Por ejemplo, las que omiten cualquier responsabilidad individual, anihándolos y dando por imposibles los vínculos igualitarios, coinciden con aquéllos que culpabilizan a las madres que los educaron, sintiendo que ya bastante han cambiado, sin entender la queja de las mujeres cuando *ya casi todo está logrado y solo quedan algunas cuestiones que el tiempo curará*. Son los que ni siquiera ven necesario una mínima revisión de su masculinidad.

En cambio las que aprecian e inclusive admiran ciertos cambios masculinos, por comparación con otros hombres que van más rezagados o los de generaciones anteriores, coinciden con los que valoran desde ahí sus propios procesos. Perciben las diferencias porque van expresando mejor ciertas emociones, corren menos riesgos innecesarios, disfrutan de actividades no competitivas, cuidan mejor su propia salud... En estos casos ellas, seguramente ellos también, centran la mirada en el cambio sobre sí mismos, suponiendo que esto conlleva una conexión directa y casi mágica, con la capacidad de atravesar el núcleo duro de las relaciones de poder y el lugar existencial desde donde se sienten autorizados a ejercerlo. La transformación del modelo masculino no se mide así en función del vínculo con las mujeres, sino en la comparación con otros hombres.

Como dice Azpiazu, esto conlleva más de condena y separación del modelo por el que no se sienten

representados, que de cuestionamiento y cambio del propio, con lo que fácilmente se llega a un alto grado de auto complacencia y sobrevaloración de logros.

El problema es que cuando somos las mujeres las que caemos en estos errores, es complicado trabajar el empoderamiento en los vínculos con los hombres, porque no centramos el análisis en las relaciones que establecen con nosotras, que es de lo que se trata. Qué duda cabe que esto condiciona la valoración del tipo de vínculos que se nos ofrece. Creo que tampoco hace falta remarcar la importancia que adquiere en la prevención de violencia machista!

Por último están/estamos, las que consideramos que no habrá cambios de calado si los hombres no incluyen dentro de su concepto de ÉTICA, las relaciones que establecen con las mujeres y el lugar existencial desde donde las ejercen. Débora Tajer nos deja un aporte esclarecedor en este sentido: *“Hay una propuesta patriarcal en el marco de la cual los varones contemporáneos arman sus propios procesos de singularización, por los cuales establecen un doble estándar ético y no colocan a las mujeres en el campo del semejante, en el cual solo ubican a los varones”.*... por lo cual no tienen los mismos recaudos éticos hacia ellas que sí tienen con quienes consideran semejantes, en este caso, los otros varones. Lo cual también obtura que tengan hacia las mismas empatía y posibilidad de identificarse con su sufrimiento en tanto otra. Donde muchos ven solo temas psicológicos que surgen de lo intrapsíquico (empatía, etc.), podemos invitar a que comiencen a

articular lo político con lo psíquico para identificar qué sujetos se constituyen, en qué contexto”

En este caso, también se coincide con aquellos hombres que de diferentes maneras abordan sus procesos a partir de los costes que la masculinidad genera a las mujeres. Algunos como Leo Thiers Vidal, Luis Bonino o Peter Szil, hace ya más de 15 años que lo han planteado:

Leo Thiers Vidal: *“No me interesan mucho los sentimientos, intenciones o pensamientos de los hombres. Me importan los efectos de sus elecciones, día tras día. Y el efecto de su renuencia a hacer ciertas elecciones”. “Creo que para el cambio de los hombres la apelación a la justicia debería ser suficiente. Y si no lo es, esto simplemente significa que se necesitan mayores esfuerzos para sacar a los hombres de su cómoda posición egocéntrica. ¡Una patada en el trasero!*

Luis Bonino: *“Para lograr atravesar el núcleo duro de las relaciones de poder, los hombres debemos: visibilizar la desigualdad / reconocer inmoralidad en la supremacía masculina/ reconocer a las mujeres como iguales/ perder privilegios/ ceder poder y aprender a compartirlo. Algunas “nuevas masculinidades” incorporan valores femeninos pero para sí mismos/ suman derechos pero no ceden privilegios/ ganan espacios pero no se retiran de ninguno/ comparan encorsetamiento con opresión”.*

Peter Szil: *“Debemos tener muy claro que la violencia que los hombres ejercen/mos en nuestras relaciones es un claro instrumento de dominación. Sin ese enfoque corremos el riesgo*

que aunque toquemos aspectos importantes de las conductas cotidianas de los hombres, no construyamos igualdad sino autocomplacencia.” “Debemos investigar en qué medida los contenidos de los programas de igualdad para hombres, subrayan que para lograr la igualdad de género es necesario empoderar a las mujeres y desempoderar a los hombres”

Luego durante todos estos años, se han ido sumando algunos otros más jóvenes que abordan el tema en esa línea. Entre ellos:

Jokin Azpiazu: *“Dejemos de echar culpas a nuestra educación...¿qué estamos diciendo cuando afirmamos que somos víctimas también del patriarcado: que el patriarcado nos fuerza a ser privilegiados?”*

Olmo Morales : *“A mí como hombre me viene muy bien hablar de los mandatos y las imposiciones (de los costes de la masculinidad), en vez de hablar de cómo sigo ejerciendo el poder sobre las mujeres, cómo, sin responder a un modelo de masculinidad tradicional, sigo perpetuando la dominación en el cotidiano”*

Luciano Fabbri: *“los desafíos a los que debe enfrentarse un hombre que se acerca al feminismo: privilegios a renunciar, prácticas a cuestionar y un repensarse de pies a cabeza” ...“Tenemos que empezar a traicionar la complicidad machista”*

3- Interpelando modelos

La diversidad de criterios centró cada vez más mi interés y me llevó a observar más detenidamente y a preguntarme:

¿Hemos interpelado suficientemente el modelo de masculinidad que el patriarcado también nos ha transmitido a nosotras?

¿Qué esperamos hoy de un vínculo de equidad? ¿Sobre qué base negociamos necesidades, deseos, intereses y responsabilidades en el día a día? ¿Con qué criterios valoramos los cambios de los que lo están intentando? ¿Son cambios que impactan cualitativamente en nuestra vida cotidiana, cuánto, cómo? ¿Cuál es nuestro umbral de percepción de los efectos precisos que nos genera la masculinidad de Aitor/Pablo/Jordi, los hombres con nombres y apellidos de nuestro entorno? ¿Qué es lo que hoy enamora a las mujeres heterosexuales? ¿Qué tipo de masculinidad consideramos ética?

4- Irrupción de las “nuevas masculinidades”

Cuando comenzó el auge de lo que se dio en llamar nuevas masculinidades, el entusiasmo que muchas transmitían por la aparición de esa figura de hombres nuevos, tan diferentes a sus referentes, más sensibles, inclusive un poco más implicados en lo doméstico y algunos en ciertos aspectos de la crianza; la avidez por consumir literatura de tantos nuevos autores que surgían escribiendo sobre estos temas y la gran admiración por determinados cambios, no coincidía con la poca incidencia que todo ello generaba en sus vidas cotidianas. No aparecían indicios certeros (con algunas pocas

excepciones), de estar disfrutando de cambios estructurales, transformaciones profundas que les facilitara una verdadera equidad existencial.

Una vez más lo llamativo era que los criterios de valoración que no pocas utilizaban, coincidían con los que transmitían los hombres entrevistados, en este caso, para investigaciones que tuve que coordinar y que se publicaron hace algunos años (*“Hombres con valores igualitarios”* *“Los hombres y el cuidado”* *“Percepciones y valoraciones de los hombres frente al cambio de las mujeres”* y otros), en los que se les pedía que evaluaran sus propias conductas:

De modo reiterativo, el nivel de transformación del propio modelo de masculinidad no se medía en función del vínculo con las mujeres, sino en la comparación con otros hombres de generaciones anteriores, de otras culturas, esos “otros” violentos y maltratadores con los que la mayoría no se identificaba.

5- Distintos imaginarios

Miguel Lorente, médico forense especialista en temas de violencia machista, cuenta que en su hacer profesional le impactó tanto una reiterada expresión, que hasta la utilizó como título de su primer libro: *“Mi marido me pega lo normal”*.

Entre tantos factores que confluyen en estas situaciones y que merecen un tratamiento específico, qué se puede agregar sobre el modelo masculino de referencia que lleva a este tipo de valoraciones!

Pero... ¿a qué otros imaginarios de hombres corresponderían los siguientes comentarios de mujeres que se sienten y probablemente lo estén, muy alejadas de naturalizar la violencia machista en sus formas más explícitas?

“Es complicado contar con él porque nunca puede ni tiene tiempo, pero es un tío muy sensible, llora y se emociona como cualquiera de nosotras” / “Es un santo, vieras cómo me ayuda con la casa y los críos”/ “ Es muy buen compañero: me deja hacer...”/ “Mi jefe sí que es feminista, siempre prefiere tener empleadas mujeres porque somos más respetuosas y más fieles ”/“Él no tiene un mundo propio, mi mundo es su mundo.... a veces me siento un tanto agobiada y eso me hace sentir culpable”/“Es un tío increíble. Lejos de enfadarse disfruta viendo que no caigo en sus manipulaciones y me defiende todo el tiempo como una leona.”/“En casa el feminista es él... yo no dejo de admirarlo cada día más y mis amigas de envidiarme. Es tan diferente al resto..!”

Como ya he comentado anteriormente, lo sorprendente es que cada uno de estos testimonios femeninos, coincide casi textualmente con otros masculinos en los que se

describen así mismos de esta manera, considerándolo todo un logro!

Cuando el modelo subjetivo cambia... la valoración se vuelve más exigente

Cuando el propio proceso de empoderamiento interno avanza y el modelo de hombre que se va instalando en la subjetividad es otro, cuando se va ampliando el umbral de lo evidente y muchas actitudes naturalizadas pasan al campo de lo visible y por lo tanto pueden ser cuestionadas, está claro que las mujeres se vuelven más exigentes y lo que valoran son otros aspectos:

“Hoy soy jefa de quien era mi jefe, lo interesante es que él facilitó en lo que pudo mi carrera./ Siempre admiró mi coherencia feminista en todo lo que hago y le exijo y aún así le atraigo como mujer./ “Qué bien!!! Cuando a la hora de criar hay equipo de verdad esto es muy diferente. Si hasta tengo tiempo de seguir siendo yo!”/ “Por primera vez me preguntó si yo sentía que nuestro vínculo era recíproco. Le dije que no, que yo era mucho más generosa y que estaba esperando de él algo más que ocuparse de lo que nos corresponde y no interferir en mis cosas”

A partir de aquí se muestran interesadas en ir comprobando si los cambios que hoy se dan en algunos hombres, atraviesan profundamente las relaciones de

poder, transforman el lugar existencial desde el que se relacionan con ellas y si producen efectos cualitativamente positivos en su calidad de vida cotidiana. De ahí que también estén atentas a otras cuestiones: analizan las formas que tienen de incidir en los espacios mixtos; la mayor o menor necesidad de protagonismo y visibilización de cada cosa que hacen; la capacidad de estar ausentes, de no optar por los espacios de poder; el nivel de reciprocidad existencial! El grado de compromiso real y cotidiano que asumen y sostienen en los cuidados que les corresponden.

“Son todos muy feministas hasta que les toca bajarse de un acto”/“Vaya con esa obsesión por el protagonismo público: acaban de leer Feminismo para principiantes y ya publican libros. Cada nuevo que aparece va de Colón y ningunea a los anteriores. Vamos chicos que así no avanzáis más!”/ “Que no me agradezca tanto la calidad de lo que le doy y me devuelva algo en el mismo sentido: la reciprocidad no es solo ocuparse de las tareas que le corresponden”/ “Cuando publico algo en las redes, no aparece el coro de admiradoras que me amen y me mimen tanto como cuando alguno de los chicos guay publican lo que sea: ¿qué nos pasa hermaaanas?”/ “Mi hermano el hipotético: siempre dijo que llegado el caso de que hubiera que cuidar de nuestros padres, por supuesto que lo compartiríamos. A la hora de la verdad...where is my brother?”/ “Nuevas masculinidades....¿cuál de ellas propone algo más que lo que debería ser un acuerdo de mínimos entre iguales?”/ “Mucho reconocer privilegios a la hora del bla bla blá....¿y luego qué?”

Estas expresiones una vez más, coinciden con las de algunos hombres:

Víctor Parkas: *“Dividirse tareas, cuidados y crianza, tener únicamente relaciones consensuadas, dejar de invisibilizar el talento femenino y acabar con la brecha salarial creada para asfixiarlo....TODO ESTO DEBERÍA SER UN SIMPLE PREACUERDO”.*
“Matilda encontró en mí al único agente masculino que le ofreció algo distinto al resto: y en realidad es un montón de nada” El mal menor reina, lo hace por imperativo legal: Yo soy el mal menor de Matilda”. *“El hombre nuevo solo puede serlo si en principio acepta adoptar gestos que no den réditos de cara a la galería, si controla su apetito por acumular marcadores feministas, si detiene la propaganda de sí mismo.....”*

Andrés Montero: *“Todos los hombres que se declaran feministas deberían ser conscientes y mantener siempre una cierta prudencia autocrítica vigilante....”le costará adscribirse al liderazgo de mujeres y mantener un perfil subordinado o secundario; se le hará cuesta arriba no pensar que el conocimiento no es suyo sino de ellas; tendrá que esforzarse mucho para dejar a las mujeres expresar sus opiniones, escuchándolas y no intentando sentar cátedra sobre ellas; le asaltarán constantemente impulsos egocéntricos de protagonismo; pensará muy rápidamente que ya sabe lo suficiente de feminismo; y en definitiva, acabará pretendiendo ser ejemplo y prototipo de algo”.**“...deberá hacerse con la suficiente lucidez como para saber que intuir ocasionalmente lo que se siente al ser mujer no le convierte a uno en mujer... ni en feminista.*

Jokin Azpiazu: *“Hoy en nuestra sociedad, el nuevo modelo hegemónico es mucho más discreto y aparentemente menos machista, lo cual no significa que sea más igualitario: no reivindica una supremacía masculina, pero la practica de manera más sutil y cotidiana. Probablemente nos encontremos en estos momentos con una masculinidad hegemónica más cercana al patrón de “hombre bueno y sensible”, que “respeta a las mujeres” sin por ello perder el control de la situación”*

Fabián Luján: *...“no hay taller, charla o escrito realizado por algún hombre donde no aparezca la palabra “privilegios”. Los hombres hemos ido incorporando en nuestros discursos las producciones teóricas que el feminismo ha ido desarrollando (¿sentimos que estamos así más protegidos de su mirada crítica?). Y sí, algunos hombres somos capaces de renunciar a algún privilegio y recolocarnos en posiciones más igualitarias en determinadas situaciones. Pero ¿qué será que lo hacemos con algunas mujeres y no con otras, en determinados contextos y no en otros. Cuando nos va bien volvemos a usar el privilegio y cuando nos va bien lo soltamos?”*

1- Cómo el referente subjetivo, condiciona nuestra calidad de vida

Qué duda cabe que más allá de los discursos, deseos e intenciones, el imaginario de hombre que pueda seguir instalado en nuestra subjetividad condiciona y delimita nuestras elecciones, valoraciones, decisiones y en general nuestra calidad de vida.

No es nada fácil para algunas mujeres tomar conciencia de que los hombres cercanos con nombres y apellidos, esos que dicen respetarlas, admirarlas, inclusive amarlas,

son los que generan en el día a día su doble y triple jornada al no responsabilizarse de verdad con los cuidados (lo que tozudamente sigue mostrando cualquier estadística). Los que obligan a exigir cuotas porque no están dispuestos a ceder ni una porción de los puestos de poder, en los que no hay lugar para todas y todos; los compañeros de militancia con los que “sorprendentemente” hay que abrirse espacios a codazos como en cualquier otro ámbito o descubrir a veces que el enemigo no solo estaba fuera del grupo, etc. Hombres de los que se podría esperar actitudes diferentes, hombres que en otras áreas pueden ser muy éticos defendiendo causas varias en relación con los derechos humanos o el medio ambiente.

2- La importancia de nuestra propia deconstrucción de estos modelos

Sabemos que hay que profundizar en la desnaturalización de lo aprendido para que no permanezca invisible, lo que lamentablemente anula cualquier posibilidad de cambio.

Es en este sentido que resultaría importante abordar con más énfasis aún, la tarea de deconstruir en nuestras estructuras subjetivas más profundas, el modelo de hombre que se nos ha transmitido:

¿Podemos hoy hacer nuestro propio diseño hecho con trazo fino, que es lo que requiere la vida cotidiana, de lo que esperamos en los vínculos de equidad con los

hombres? ¿Qué criterios utilizamos las mujeres en general en los distintos ámbitos para sentirnos respetadas, validadas y legitimadas como personas con identidad, necesidades y deseos propios?

¿Hemos interpelado suficientemente el modelo de masculinidad que el patriarcado también nos ha transmitido a nosotras?

3- Animándose a delinear nuevos modelos

En algunos de los grupos de reflexión de largo recorrido, sí que algunas mujeres se van animando a delinear pautas, que deberían ser básicas para comenzar a mirar con agrado un nuevo modelo de masculinidad: en el que un trato existencialmente igualitario dejara de ser una lucha cotidiana y en el mejor de los casos una conquista tutelada permanente. En el que no se de por sentado que deban ser las mujeres las que sigan sosteniendo un sistema tan injusto como nocivo para ellas, mientras ellos ensayan nuevas masculinidades. Que no requiera que los cambios sean forzados por mujeres peleonas y resistentes. Que no las obligue a destinar tiempos y esfuerzos a vencer obstáculos cotidianos, mientras ellos utilizan las energías liberadas para ocuparse de “otras cuestiones”. Que deje de ser un modelo autocentrado y se preocupe y ocupe por los efectos que produce en la vida de las mujeres. Que no sufra por todo ello, que deje de justificarse y no culpabilice a las que lo exijan. Una

masculinidad que por fin, comience a dejar de ser protagonista negativa de la vida de las mujeres.

Y la pregunta que empiezan a hacerse es ¿de ahí en menos, a qué llamamos nosotras nuevas masculinidades? ¿Cómo llamarlas si no giran sus mandatos y aspiraciones alrededor de estas pautas?

Cuidado! No es responsabilidad de las mujeres cambiar a los hombres

Está claro que si bien el feminismo promueve y se implica en la coeducación desde la infancia, no es responsabilidad de las mujeres cambiar a los hombres adultos. Como dijo alguna: *cada una de nosotras no puede ser un centro de rehabilitación para hombres adultos que quieran cambiar.* Eso es tarea exclusiva de ellos.

En la investigación cualitativa que coordiné en el año 2008 y que publicó el entonces Ministerio de Igualdad, sobre *“Hombres con valores igualitarios, historias de vida, logros alcanzados y cambios pendientes”*, en sus relatos aparecían reiteradamente, tanto la influencia negativa que ejercieron los modelos masculinos que les generaban rechazo ya desde pequeños, como la impronta que les dejaron las diferentes mujeres que los apoyaron a lo largo de sus vidas y les ayudaron a poner en valor otro tipo de

modelos. En el presente, todos los entrevistados valoraban la influencia positiva que ha sido para ellos la relación con compañeras feministas de estudios, de profesión, de militancia, etc. y lo determinante que ha sido para aquellos que tenían relaciones sentimentales con mujeres feministas. Se mostraban satisfechos y muy agradecidos a pesar de lo duro que podía resultarles a veces la vida cotidiana, en donde sus resistencias se ponían a prueba día a día. La mayoría reconocía que hasta ese momento, los cambios masculinos más importantes solo se daban si las mujeres los forzaban.

Ya en esa investigación dejé claro lo que eso suponía para las mujeres y cómo a pesar de los cambios que ellos iban logrando, persistía la valoración según la disponibilidad existencial que ellas les ofrecieran (la fantasía de la “mayordoma existencial”, lo denominé en su momento). La función nutricia de las mujeres seguía presente en sus idearios masculinos, a pesar de que el contenido de lo que requerían distara del tradicional. De ahí que detecté la importancia de seguir revisando entre mujeres, la naturalización de lo que sentimos que debemos ofrecer cuando ya no se trata de lo de siempre.

Hoy algunas mujeres parecen tenerlo muy claro (lamentablemente no demasiadas), y pueden disfrutar de los aportes que su generosidad les indique, sin que eso inhiba la posibilidad de seguir apostando por una

verdadera equidad en los vínculos que establecen con los hombres.

Iván Repila autor del libro “El aliado”, publicado en 2019, durante una entrevista ante la pregunta de por qué escribió ese libro, responde:

“Fue un cúmulo de cosas. En primer lugar mi relación con Aixa de la Cruz, que es escritora pero también académica, feminista activa y conoce muy bien el movimiento. Con ella voy interesándome por el feminismo, esta es la verdad, si no fuera por ella seguiría siendo un machista feliz que se dice feminista y a favor de la igualdad. Ella me iba introduciendo, siendo generosa y paciente, dándome pautas, hasta que un día me dijo: “Oye, Iván, deja de utilizarme como tu profesora o terapeuta y haz el trabajo por tu cuenta que esto que haces también es machismo”.

Diseño no vinculante, pero.....

Por todo ello es importante remarcar que el trabajo que debemos seguir abordando entre mujeres, no tiene nada que ver con el cambio que los hombres que lo asuman deben abordar por su propia cuenta y responsabilidad.

De llegar a confeccionar nuestro propio diseño de una masculinidad ética, este no sería vinculante. Ningún hombre cambiaría por ello! Pero creo que sería un buen parámetro para medir desde nosotras mismas con quiénes nos vinculamos, cómo y para qué. Qué cambios valoramos, admiramos, relativizamos o rechazamos. En los recovecos de la vida cotidiana, en qué medida los

cambios se traducen en verdaderas transformaciones que habiliten espacios vitales diferentes.

De lo que se trata en definitiva, es de seguir promoviendo el empoderamiento de las mujeres evitando algunos puntos ciegos, que muchas veces son los responsables de situaciones que no llegamos a comprender cuando en apariencia “lo teníamos todo tan claro”.

Y sin que nos corresponda pero como consecuencia, tal vez sirva además para elevar los niveles de exigencia que los hombres se plantean a la hora de valorar sus propios cambios y les lleve a revisar continuamente el camino que transitan. En este sentido puede resultar sugerente el comentario de un reportero gráfico argentino: *¿Nos vamos a quedar tratando de zafar sigilosamente con recortes de citas de Rita Segato? ¿O aprovechamos y vamos en serio a darle al patriarcado, a nosotros mismos y a nuestra historia?*

A modo de cierre

El proceso por el cual todas y todos vamos desalojando de nuestra propia subjetividad los resabios patriarcales, para poder ir legitimando un nuevo lugar existencial, requiere de esfuerzos, tiempos y espacios propios. Al avanzar a contracorriente, las mujeres se ven obligadas a destinar gran parte de sus energías a salvar continuamente obstáculos y a vencer resistencias. Algo

de lo que muchas veces no son conscientes ni ellas mismas.

En el informe cualitativo que realicé en 2010 sobre *“El empoderamiento de las mujeres. Su relación con la salud integral y la calidad de vida”*, que publicó el entonces ministerio de Sanidad, Política social e Igualdad, era llamativo comprobar cómo en el relato de sus historias de vida, consideraban -como si fuera del orden de lo natural- que los únicos recursos para lograr ciertas conquistas, aún las más básicas, son la trasgresión, la capacidad de lucha y el avance a contracorriente. Naturalizaban así lo que probablemente era lo único que podían hacer con la dura realidad a la que debían enfrentarse y por otro lado naturalizaban también el desgaste, cansancio y costes que eso supone.

Tal como dejé constancia en ese informe: *“Son mujeres que disponen de una gran energía vital porque no sólo han entrado en contacto con sus propios deseos, sino que los han puesto en marcha y luchan por mantener una vida que no las desconecte de ellos. Pero es claro –por lo que ellas mismas expresan a la hora de valorar los costes -, que la contracorriente no sólo les pone muy difícil la conquista de sus objetivos; también les dificulta un mayor empoderamiento subjetivo que se construye con la autoestima, que a su vez se nutre de la legitimación social hecha propia. Esto no es un déficit ni una peculiaridad de las mujeres: todas las personas lo necesitan y es lo que se les ofrece a los hombres desde que nacen.”*

Aunque está claro que sea como sea muchas mujeres seguirán avanzando, no podemos ignorar que esto forma parte de lo que sostiene la desigualdad/violencia estructural, porque obliga a derivar energías y esfuerzos que en los hombres están liberadas para invertir en lo que les parezca más conveniente.

Por tanto es deseable y esperable que por una simple cuestión de ética y de justicia, la transformación profunda del lugar existencial desde donde los hombres siguen ejerciendo, de diferentes maneras, las relaciones de poder con las mujeres, se convierta sin más dilaciones en una realidad concreta y verificable por ellas en el día a día.